

## RETRATOS DE CONVERSOS EN LA *COMEDIA JACINTA* DE TORRES NAHARRO

Es sorprendente que no se haya sacado mayor partido de la edición crítica y espléndidamente anotada de la *Propalladia*, la obra a la que Joseph E. Gillet dedicó su vida<sup>1</sup>. Como todos sabemos, una muerte prematura le impidió terminar su exhaustiva introducción a la vida y la época de Torres Naharro, la cual debía incluir también un estudio crítico de cada una de las poesías y piezas teatrales. El profesor Otis H. Green llevó a feliz término la tarea inconclusa, y el cuarto tomo (1961), póstumo, es fruto de su generosa colaboración en el *magnum opus* de su colega. Sin embargo, en vista de la naturaleza híbrida de este último volumen, tal vez no parezca impertinente que otros que compartimos el interés de Gillet por Torres Naharro (aunque carezcamos de su profunda erudición) tratemos de aportar elementos para la tarea de interpretación. En homenaje a la labor y al empeño de Gillet, quisiera explorar aquí una pequeña zona del territorio abierto por él: la de los retratos de conversos en la *Comedia Jacinta*. La muerte detuvo su espíritu y su pluma precisamente cuando Gillet comenzaba su ensayo sobre esta obra.

La comedia se inicia con un "Introito y argumento" que, de acuerdo con los usos de la época, es recitado por un villano. El objeto del Introito es, evidentemente, familiarizar al auditorio con el dialecto rústico, con las bobadas y con las burdas ingeniosidades que eran de rigor. Pero no tardamos en observar que este villano es mucho más rudo, ignorante, enrevesado y ridículo que los personajes análogos de Lucas Fernández y Juan del Enzina. Lo mismo se puede decir, en general, de toda la *Propalladia*, y Gillet, que habla de "los villanos groseros y casi obscenos" de Torres Naharro (t. 4, p. 339), no vacila en restaurar una lección como "la puta que me parió", atenuada en las ediciones tardías de los siglos xvi y xvii<sup>2</sup>. La crudeza del Introito y la infame genealogía del personaje que lo recita<sup>3</sup> con-

<sup>1</sup> *Propalladia and other works of Bartolomé de Torres Naharro*, 4 vols., Bryn Mawr, Pennsylvania, 1943-1961.

<sup>2</sup> Cf. *Propalladia*, t. 3, p. 587, nota al verso 5.

<sup>3</sup> En otra de sus obras (*Comedia Calamita*, I, 54-70), Torres Naharro nos ofrece una burlesca genealogía de villanos. Dice Jusquino: "Juan García, / su marido de tu tía, / jugando ayer al mojón / me ha dado muy gran razón / de

trastan vivamente con la presentación apacible y casi-bucólica de los conversos que aparecerán más tarde. Cuando Lope de Vega confronta a un campesino "cristiano viejo" con un converso, el primero resulta favorecido, poética y axiológicamente<sup>4</sup>. En Torres Naharro, es el campesino quien queda en grotesca desventaja. Como luego veremos, el público romano (al igual que el salmantino) estaba compuesto de manera muy distinta que el público a quien más tarde daría gusto Lope<sup>5</sup>.

nuestra genealogía"; Torcazo muestra deseos de saberla, y Jusquino prosigue: "Me ha contado / que tu agüelo, Juan Parrado, / era padre de tu padre, / y era suegro de tu madre, / padrino de su ahijado. / Mi padre y él se han hallado / monazillos, / mas por ciertos homezillos / quedaron en vn desuío; / en fin, tu padre y el mío / touieron ocho tonillos". Hasta cierto punto, esto parece ser un lugar común del teatro pastoril primitivo. Por ejemplo, en la *Comedia de Bras-Gil y Beringuella* de Lucas Fernández, el villano Juan Benito, abuelo de Beringuella, pone en duda la buena casta de Bras Gil: "Buen consejo es comunal, / mas la casta ño se yguala / dél con el de la zagala / en valer ni en el caudal"; y Bras Gil le contesta reivindicando la "limpieza" de su genealogía: "Nieto so yo de Pascual / y aun hijo de Juan Jarrete / el que viue en Verrocal; / Papiharto y el Çancudo / son mis primos caronales. . .", etc. Para entender el humor de pasajes como éstos, debemos tener en cuenta la indignación y la ironía con que los conversos bien acomodados reaccionaban ante el título de "cristianos viejos" que orgullosamente se daban sus vecinos rústicos. Esos conversos creían, como MOSÉN DIEGO DE VALERA ("Tratado de verdadera nobleza", en sus *Epístolas y otros varios tratados*, ed. de Madrid, 1878, p. 206), que "los convertidos a nuestra fe que segunt su ley o seta eran nobles, rretienen la nobleza de su linaje después de cristianos"; "que no sola mente los tales rretienen la nobleza o fidalguía después de convertidos, antes digo que la acresciantan". Véase, por ejemplo, ALBERT A. SICROFF, *Les controverses des statuts de "pureté de sang" du xv<sup>e</sup> au xvii<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1960, pp. 189-191 y 203. Es muy típica la manera como Baltanás se refiere a los campeones del Estatuto de limpieza: "...el primero que levantó esta tragedia [del Estatuto] hera hijo de un carbonero, y el que lo publicó hera un bastardo secreto, de tan yncierto padre y sin madre, que [ambos], como otros Melchisedecs, heran sin padre y sin madre [y] sin genealogía" (cit. por SICROFF, *op. cit.*, p. 155). Domínguez Ortiz, a quien citaremos más adelante, ofrece ejemplos parecidos de desdén por esta clase de villanos cuya seguridad en su limpieza de sangre no era sino ignorancia de su genealogía más allá de los abuelos. En el *Rectablo de las maravillas*, Cervantes se ríe de la incertidumbre que crea esa ignorancia, y la alabanza que hace Don Quijote de los linajes del Toboso podría interpretarse como una reminiscencia más del mismo tema.

<sup>4</sup> Otras confrontaciones entre hidalgos y conversos pueden verse en AMÉRICO CASTRO, *De la edad conflictiva*, Madrid, 1961, p. 61. Véase también ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La clase social de los conversos en Castilla en la edad moderna*, Madrid, 1955, pp. 198 ss. El diálogo entre un Regidor y el Comendador de Fuenteovejuna (II, 4) resulta tan obvio, que quizá por eso ninguno de los dos historiadores mencionados creyó necesario citarlo. Dice el Comendador: "¿Vosotros honor tenéis? / ¡Qué freiles de Calatrava!"; y el Regidor contesta: "Alguno acaso se alaba / de la cruz que le ponéis, / que no es de sangre tan limpia". . .

<sup>5</sup> Cuando Lucas Fernández hace que uno de sus villanos aconseje a otro: "Si a mí me queréys creer, / ni curéys d'ir a lletrados / ni aguaziles ni a jurados / a les yr dar de beber, / mas deuemos de hazer / como aquí los desposemos,

El Argumento que sigue al monólogo cómico del Introito resume así la acción de la comedia (versos 85-132):

Una dama mui loçana,  
de gran virtud y nobreza,  
tenía vna fortaleza  
d'un camino mui cercana.  
Poníase a la ventana  
muchas vezes a prazer,  
con voluntad y con gana  
de nueuas nueuas saber.  
Y d'allí pudiendo ver  
a qualquiera que passaua,  
vn su villano mandaua,  
que los huesse a detener.  
Un gentil hombre passando,  
y an otro, y otro después  
(de modo que passan tres,  
sus aventuras buscando)  
todos tres van sospirando  
sin prazer y sin dinero,  
cada qual por sí quexando,  
quexosos mui por entero,  
de señores el primero,  
y de amigos el segundo,  
y el otro de todo el mundo,  
qu'es el tercer compañero.  
Passando por tal lugar  
todos tres ya tardezillo,  
la señora del castillo  
los vido lugo passar,  
y mandólos esperar  
con este que hauéis oýdo,  
y ella les baxó a hablar  
por seguralle el partido.  
Como a todos tres los vido

/ y aun así atajaremos / todo el mal que pudo ser" (*op. cit.*, en la ed. facsimilar de las *Farsas y églogas*, Madrid, 1929), podemos imaginar la risa que ese retrato produciría en un público compuesto precisamente de "letrados". En mi opinión, el que los personajes del teatro primitivo español sean campesinos que hablan el dialecto rústico de la región de Salamanca, se debe justamente al carácter culto, universitario, de esta provincia: el público de ese teatro, dedicado casi profesionalmente al empleo y cultivo de la lengua, hallaría un pasatiempo muy especial en las simplezas, rusticidades y extravagancias de tan rudos personajes. El hecho —señalado por Gillet— de que los propios autores solían recitar la introducción de sus obras o tomar parte de alguna otra manera en los diálogos rústicos, tiende a confirmar nuestra hipótesis. El choque humorístico entre estudiantes y villanos es, como se sabe, el tema del *Auto del repelón* de Juan del Enzina.

tan onestos cortesanos,  
 tomó a los dos por hermanos,  
 y al vno por su marido.  
 Pues, este primer galán  
 Jacinto tiene por nonbre,  
 y al segundo gentil hombre  
 Precioso le llamarán,  
 y el tercero d'este afán  
 Phenicio sé que se llama,  
 y Pagano aquel gañán,  
 y Diuina aquella dama.  
 La qual por ser de tal fama,  
 dada a tan nobres prazeres,  
 se dirá bien de mugeres,  
 y mal de quien las disfama.

¿Qué pensar de este extraño y poco dramático argumento? A primera vista, diríamos que es ésta una trama que alude, entre festiva y socarrona, a personas o acontecimientos de la época, como tan a menudo se hacía en las piezas de carácter pastoril. Las obras teatrales apenas empezaban a emanciparse de las circunstancias inmediatas que motivaban su ejecución: Navidad, Pascua, homenajes a personas ilustres que se hallaban entre el público, alusiones a sucesos locales y recientes. Por ello Gillet (siguiendo a J. P. Wickersham Crawford) sugiere que Divina, la mujer que de manera tan extraña se porta en esta comedia, no es sino

Isabella d'Este, marquesa de Mantua, la cual, durante el invierno de 1514 a 1515, de paso para Roma, adonde iba invitada por el Papa León X, fue recibida solemnemente en la frontera del territorio pontificio por el cardenal Bibbiena y por Giuliano de' Medici, y agasajada con fiestas de toda índole a lo largo de cuatro meses. Es muy probable que la comedia de Torres Naharro se haya representado en su honor, aunque no se ha encontrado ningún documento que lo demuestre. Ciertamente, la *Jacinta* no es sólo una glorificación de la mujer, sino que además, según lo deja entender el villancico final, estaba destinada a celebrar la visita de una ilustre dama a la Ciudad Eterna, y esa dama bien puede haber sido "la prima donna del mondo", cantada por Trissino, Bembo, Castiglione y aun Ariosto (t. 3, pp. 601-602).

Esta explicación puede o no ser válida. El mismo Gillet no puede menos de expresar, a continuación, algunas reservas. Pero, cualquiera que sean sus méritos, no debemos dejar que distraiga nuestra atención de los sugestivos retratos raciales y religiosos de los cuatro personajes secundarios que rodean a Divina, y cuyos diálogos llenan la mayor parte de las cinco jornadas de la obra. Según veremos, por lo menos dos de estos personajes son judíos conversos, y otro es, muy

probablemente, un moro o morisco disfrazado. Prescindiendo de Isabella d'Este, un reparto de tal naturaleza es digno de tenerse en cuenta por sí mismo. A la luz de las revelaciones de Américo Castro sobre la significación histórica de las tensiones entre las tres castas a finales del siglo xv y principios del xvi, y antes de determinar el valor alegórico o simbolismo literario de la obra, puede resultar valioso considerar brevemente la *Comedia Jacinta* como documento histórico y sociológico. El español Torres Naharro escribe su comedia en Roma, en los primeros años del siglo xvi, es decir, en la época misma de Torquemada, Deza y Lucero. ¿Cómo retrata a esas víctimas potenciales del Santo Oficio? ¿Qué actitud toma frente a su situación? ¿Ofrece, tácitamente, alguna solución a sus problemas?

Para poder dar una respuesta, vamos a considerar por separado a Jacinto, Precioso, Phenicio y Pagano. En lugar de seguir paso a paso la trama y el diálogo, será mejor, para nuestro objeto, tratar de construir la figura de cada uno de estos personajes a base de lo que dicen de sí mismos, o de lo que otros dicen acerca de ellos.

Jacinto, el que da su nombre a la comedia, dice: "Sepa, señora, / que yo vengo de Alemaña" (V, 57-58)<sup>6</sup>. Es, al igual que los otros personajes, un vagabundo al margen de la sociedad, un inconforme, para quien los tiempos están desquiciados:

Porqu'están oy, sin mentir,  
de maldad los pueblos llenos,  
y vemos por bien seruir  
de lo más venir a menos (I, 29-32).

Al igual que varios personajes de la *Celestina*, Jacinto siente que la estructura de relaciones verticales de lealtad, sobre la cual estaba fincada la sociedad de la Edad Media, se ha venido ahora al suelo:

<sup>6</sup> Como esta información aparece en la quinta jornada, cuando los dos compañeros de Jacinto se han revelado ya como fugitivos, la expresión "vengo de Alemaña" bien podría ser un juego de palabras fácil de entender para los espectadores. En ANTONIO DE LALAING, *Primer viaje de Felipe el "Hermoso"* (1501), me encuentro con esta noticia: "Además, en España ella [Isabel la Católica] ha puesto un nuevo ejercicio de justicia que se llama *alemana*: es que, cuando un malhechor se escapa por algo, por pequeño que sea, inmediatamente los alcaldes y los alguaciles, que son como los prebostes y sargentos de nuestro país, si no lo pueden detener, hacen sonar las campanas de pueblo en pueblo, y cada uno con diligencia persigue al fugitivo, que no puede escapar más que a tres países: Francia, Portugal y Navarra. . . y en cada uno de esos tres pasos hay guardas encargados de no dejar pasar a ninguno sin saber quién es. Y es esta *alemana* tan corriente, que antes de las veinticuatro horas es sabida por todos los países de España" (*Viajes de extranjeros*, Madrid, 1952, t. 1, p. 484). Sin embargo, si Jacinto fuera un fugitivo que escapara de la *alemana*, esto no haría de él, necesariamente, un converso. Prefiero, pues, dejar simplemente apuntada la posibilidad del juego de palabras.

Oy en las cortes reales  
 no vemos vsar virtud,  
 mas con gran sollicitud  
 ensayar cuentos de males,  
 por tauernas y ospitales  
 valientes hombres guerreros,  
 y en lugar de los leales  
 susceder oy los parleros;  
 que los grandes caualleros  
 estiman en sus secretos  
 los traydores por discretos,  
 y los buenos por grosseros.  
 Si con vn señor entráis,  
 mil seruicios le haréis,  
 mas todos los perderéis  
 por vn yerro que hagáis (I, 37-52).

En consecuencia, Jacinto ve que ha desperdiciado los mejores años de su vida ("desde los quinze a los treinta")<sup>7</sup>. Acaba de ser despedido por su amo, y parece que se dirige a Roma, lleno de temores<sup>8</sup>. Jacinto es, en resumidas cuentas, un Pármeno que se ha mantenido virtuoso y obstinadamente recto, y que ahora paga las consecuencias<sup>9</sup>.

Pagano, el criado rústico que detiene a los tres viandantes y los conduce ante Divina, está dotado de una extraordinaria perspicacia y se da cuenta de lo que ocurre. Así, pues, toma el papel de Celestina y le aconseja a Jacinto que trate a su futura señora con "prudencia" y "cortesía". Éstas son las virtudes del buen criado, según se demuestra en dos fábulas, la de la hormiga que guarda trigo para el invierno, y la del raposo, el cuervo y el queso. En otras palabras, Jacinto debe abandonar sus escrúpulos y mirar por sí, tomando una parte de cuanto pase por sus manos, y alcanzando regalos, como Sempronio, por medio de la adulación. Las últimas palabras que dice Jacinto poco antes de comparecer ante la misteriosa Divina nos muestran que ha aprendido, al menos parcialmente, esa cínica lección:

<sup>7</sup> Gillet (t. 3, p. 604) cree que estos detalles permiten identificar a Jacinto con el propio Torres Naharro. Pero, cualquiera que sea la interpretación que demos al venir de "Alemaña", este detalle hace muy dudosa semejante identificación.

<sup>8</sup> Cf. I, 93-100: "Practican más mal que fundo, / y en Roma, qu'es lo peor, / siendo la tierra mejor / de lo poblado del mundo. / Porque presumo y barrunto / qu'estos amos con sus redes / nuestra muerte y sus mercedes / nos ordenan todo junto. . ."

<sup>9</sup> "Aquellos somos traydores / que dezimos las verdades, / y los que ensayan maldades / susceden en los faoures" (I, 153-156). Nótese la semejanza que hay entre estos sentimientos expresados por Jacinto y el monólogo de Pármeno al final del acto II de la *Celestina*: "¡Oh desdichado de mí! Por ser leal padezco mal. Otros ganan por malos; yo me pierdo por bueno".

Lo que cunple a todos tres,  
 aquello procuraré,  
 y en esto m'esforçaré  
 con quanto Dios me ayudare;  
 lo demás, como cantare  
 ansí le responderé<sup>10</sup> (IV, 247-252).

Pero, prescindiendo de este cambio (para bien o para mal), Jacinto parece ser un cristiano descendiente de cristianos. Es el único de los tres viajeros sobre cuya ascendencia no se hacen alusiones maliciosas<sup>11</sup>.

El segundo vagabundo, Precioso, es de orígenes más dudosos. En las primeras palabras que pronuncia, se queja de haber sido perseguido y abandonado por sus amigos:

¿Quién con tanta lealtad  
 ha sido amigo de amigos?  
 ¿Quién tiene más enemigos  
 por vsar de más bondad?  
 En toda prosperidad  
 yo me hallo aconpañado,  
 y en qualquier nescesidad  
 sienpre a solas m'he hallado.  
 Pues si amigos he prouado,  
 quando Dios mejor m'escapa,  
 vno me lleua la capa  
 y otro me dexa enpeñado (II, 13-24).

A diferencia de Jacinto, Precioso ha sido arrojado fuera de la sociedad por el colapso de la estructura de relaciones horizontales de lealtad. Ha sido traicionado, no por su amo, sino por hombres de su misma condición, aunque no se nos dice quiénes ni por qué:

Pero agora la maldad  
 ha sobido en tal estado,  
 que precian más vn ducado

<sup>10</sup> Cuando Jacinto saluda a Divina al comienzo de la jornada siguiente, observamos que lo hace con una cortesía exagerada, prueba de que los consejos de Pagano han surtido efecto: "Señora muy excelente, / nueua fragua de virtud, / a quien la vida y salud / Nuestro Señor acreciente, / y a quien supplico hūmilmente / con deuida reuerencia / para hablar al presente / me dé graciosa licencia: / con fe y amor y obediencia, / todos tres, buenos hermanos, / besamos los pies y manos / de vuestra gran excellencia" (V, 13-24).

<sup>11</sup> En la tercera jornada, Jacinto detiene a Phenicio con las siguientes palabras: "No passe más, en buen ora, / por aquel Dios en que adoro" (153-154). Hay en ellas cierta estudiada ambigüedad: Pagano acaba de amenazar a Phenicio con "presión / delante de mi señora", y el contexto no nos permite discernir con claridad si el "Dios en que adoro" invocado por Jacinto es "mi señora" (como lo hubiera sido para Calisto), o el Dios de los cristianos, o Roma misma.

que la mejor amistad.  
 ¡Cómo falta la verdad  
 y sobra la traición...! (II, 49-54).

La sospecha de que la situación de Precioso sea la de un converso, víctima de la murmuración local y de la denuncia, es reforzada por dos pequeños detalles de esta misma jornada. En primer lugar, la cita bíblica que hace Precioso al comienzo mismo de su parlamento:

¿Dónde voy con tanto afán?  
 Desdichado, ¿dónde yré?  
 Que por do los pies porné  
 las yeruas se secarán,  
 las piedras se partirán  
 con la carga de mis pies,  
 según el mar y el Jordán  
 por mandado de Moysés (II, 1-8).

En segundo lugar, Precioso, a diferencia de Jacinto, reacciona con gran orgullo y desdén —“¡Tira, villano grossero!”— cuando Pagano le dirige la palabra. Desprecia, como tantos conversos, al prójimo rústico e ignorante que a lo mejor alardea de ser cristiano viejo<sup>12</sup>.

La quinta jornada nos ofrece informes más explícitos sobre Precioso y sus orígenes. Al decirle a Divina que viene de Roma, la señora le pide inmediatamente noticias de lo que allí ocurre. Al principio, la respuesta es vaga y, según hace notar Gillet (t. 3, p. 623), parece representar el tipo de sátira que sobre Roma y sus habitantes solía hacerse en aquella época, y concretamente en la poesía del propio Torres Naharro. No obstante, si leemos con atención, observaremos que Precioso maneja el tópico con cierta ambigüedad o discreción. Las cosas están bien y mal a la vez en la Ciudad Eterna; Roma es como una mujer: puede ser la bendición de unos y la maldición de otros:

<sup>12</sup> Conversos como Francisco de Villalobos, Juan de Lucena (autor del *De vita beata*), fray Luis de León, María Cazalla, fray Lope de Barrientos (en sus ataques contra Marquillos de Marzambros), Raimundo González de Montes y otros muchos coinciden en su desprecio por el villano, por sus quehaceres y por su limitada inteligencia. Un ejemplo típico nos lo ofrece GONZÁLEZ DE MONTES, *Artes de la Inquisición española*, trad. Luis Usoz, Madrid, 1851 [el original latino es de 1567], p. 310: habla del arzobispo Martínez Silíceo, campeón del Estatuto de limpieza de sangre, y lo llama “majadero obispo, perturbador de la paz pública, que desde el arado i los terrones, sin virtud ni erudición, más bien por un capricho de la fortuna (si es lízito dezirlo así), había arremetido a la suprema dignidad de toda España”. Uno de los capítulos de la monografía que preparo sobre la vida de Fernando de Rojas estará dedicado a estudiar esa clase de sentimientos.

En Roma los sin señor  
 son almas que van en pena;  
 no se haze cosa buena  
 sin dineros y fauor.  
 Quál biue muy a sabor;  
 quién no tiene que comer;  
 vnos con mucho dolor,  
 y otros con mucho plazer.  
 Dos cosas no pueden ser  
 de plazer y dolores  
 ni peores ni mejores,  
 que son Roma y la muger (V, 73-84).

Esta última comparación se puede relacionar con la enérgica estrofa feminista en que Torres Naharro alude a la trillada polémica: "Que soy Torres, no Torrellas", dice en el *Concilio de los galanes y cortesanas de Roma* (t. 1, p. 241). Los personajes de la *Comedia Jacinta* sienten lo mismo que su autor. Lo que da cohesión a su recién establecida amistad es la defensa común de la mujer contra quienes dicen mal de ella. Aunque Jacinto es el defensor más elocuente (IV, 49-168), el testimonio de Precioso es muy directo:

Yo soy d'esso buen testigo;  
 que en mujer hallé más fe  
 que en padre nunca hallé,  
 ni en hermano, ni en amigo.  
 Yo me acuerdo, como digo,  
 viéndome necesitado,  
 mugeres conplir conmigo  
 quanto amigos han faltado (IV, 25-32).

Si Roma es, para Precioso, cualitativamente femenina, las cosas no pueden andar tan mal. Y en todo caso, su censura de Roma resulta débil si la comparamos con las invectivas que Torres Naharro lanza contra ella en *Sátira* y en el tercero de sus *Capítulos diversos*: "cabeça de inmundicia", "cueva de peccadores", "infierno de caridad"...<sup>13</sup>

¿Por qué Precioso suaviza en esa forma el tópico? Las noticias muy concretas que da en seguida pueden suministrarnos la respuesta:

Pues en Roma a la sazón  
 más nueuas no se dezían  
 sino que algunos huhían  
 de la Sancta Inquisición.

<sup>13</sup> En cuanto al verso "y el Papa s'está a sus vicios", Gillet lo interpreta correctamente recordándonos que *en sus vicios* no significa lo que hoy nos podría parecer, sino 'a su gusto', 'a sus anchas' (t. 3, p. 623).

Muchos juegan de esgarrón  
 y se afufan con el cayre,  
 que no queda remendón,  
 abad, ni monje, ni flayre.  
 Vellos yr es vn donayre,  
 derramados en gran suma  
 como manajo de pluma  
 que la soltáis en el ayre (V, 85-96).

Con ayuda de las notas de Gillet, vamos a parafrasear estas palabras, un tanto oscuras. De lo que más se habla en Roma en esos momentos es de la afluencia de conversos que han escapado de la Inquisición española<sup>14</sup>. Muchos han abandonado su tierra y han huido a Roma con su dinero<sup>15</sup>. Son de toda condición y oficio; España se está quedando despoblada de sastres, remendones, abades, monjes y frailes<sup>16</sup>. Resulta divertido verlos desparramados por las calles de la ciudad como plumas en el aire. Precioso parece dar a entender que, pese a sus vicios y a su corrupción, Roma tiene una cosa buena: ha dado refugio a todos esos infelices que violenta e injustamente están siendo perseguidos en España. Más aún: es posible que Roma misma sea la mujer que se ha mantenido fiel a Precioso después de que lo abandonaron su padre, sus hermanos y sus amigos.

Nuestra sospecha de que Precioso esa uno de los conversos recién llegados es también la sospecha del perspicaz Pagano, quien le pregunta inmediatamente: "¿Vas tú huyendo también?" Precioso lo niega con cierta ironía:

Sabe Dios que me ha pesado  
 por no ser marrano fino,

<sup>14</sup> H. C. LEA, *A history of the Inquisition in Spain*, New York, 1907, t. 2, p. 114, estudia la afluencia de conversos en Roma hacia esta época. DOMÍNGUEZ ORTIZ, refiriéndose al mismo hecho, aduce estas palabras de un contemporáneo: "Item se halla por experiencia que de cinco o seis mil españoles que están en Roma para adquirir y comprar beneficios, como el día de oi por nuestros pecados se hace, todos o los más son de casta de judíos".

<sup>15</sup> De las dos interpretaciones que Gillet ofrece para *jugar de esgarrón*, parecería que "the idea of suddenly and violently tearing oneself away" es la correcta. El mismo Gillet observa que el verbo *afufar* y sus derivados "all convey the idea of flight", y que *cayre* y sus variantes aluden al dinero ganado por medio de la prostitución (t. 3, p. 623), aunque aquí el contexto parece indicar 'dinero' sencillamente, sin más connotaciones.

<sup>16</sup> Remendones, sastres y roperos solían ser conversos (cf. J. AMADOR DE LOS RÍOS, *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, ed. de Madrid, 1960, p. 768, y DOMÍNGUEZ ORTIZ, *op. cit.*, p. 150). Cabe observar que Torres Naharro omite, irónicamente, gran número de ocupaciones tradicionales de los conversos. Pasar de "remendones" a "abades" es saltar desde la base hasta la cumbre en la jerarquía social del converso.

que por faltarme vn costado  
biuo pobre de contino (V, 101-104).

“Si tuviera un solo costado de sangre judía, podría ser rico”, dice<sup>17</sup>. Pero Pagano no queda muy convencido:

Pues no te burles, hazino,  
que muchos y muy vfanos  
dizen mal de los marranos  
y ellos no comen tocino<sup>18</sup> (V, 105-108).

El hecho de que Precioso no haga más intentos de negar las insinuaciones, y de que Jacinto, en cambio, comente la capacidad de Pagano para “argüir y responder” (cosa sorprendente en un villano), confirma en cierta medida nuestra sospecha. Pese a su irónica negativa inicial, Precioso parece representar, en suma, a uno de esos conversos que cuidadosamente se esfuerzan en encubrir su origen.

El caso de Phenicio, el tercero de los proscritos, no ofrece duda alguna. Tanto su nombre como el hecho de que venga de España nos están indicando que es un converso. Pero más revelador aún es su primer diálogo con Pagano. Phenicio aparece en la jornada tercera pronunciando un largo monólogo de tipo ascético, buen ejemplo de lo que Bataillon ha llamado “melancolía judía”<sup>19</sup>, casi tan pesimista como el discurso final de Pleberio:

Pues, o ciega criatura  
que con este mundo biues,  
que en cabo d'él no rescibes  
sino sola sepoltura,  
¿no miras qu'es gran locura

<sup>17</sup> En la última edición de *La realidad histórica* (México, 1962, p. 298), AMÉRICO CASTRO habla de un personaje de *La pobreza estimada* de Lope, que en un momento de desesperación ofrece canjear “su ejecutoria de hidalguía *por la rica infamia*” de su rival, que es un cristiano nuevo. Su amigo Felisardo replica que en ese caso el converso sacrificaría gustosamente no ya su fortuna, sino aun “mil cargas” de mujeres tan hermosas como la que ambos cortejan. En otras palabras, la amargura que expresa Precioso al relacionar la limpieza de sangre con la pobreza, sigue encontrando un eco en el mundo de Lope.

<sup>18</sup> En vista de esta réplica de Pagano, no me parece correcta la interpretación que da Gillet en su nota a los versos 101-104: “Precioso ironically claims that if he had been completely a Jew (*marrano fino*), instead of being one quarter Gentile, he should have been rich” (t. 3, p. 625). Yo creo que la única interpretación posible de esa réplica es que Pagano cree que Precioso ha negado totalmente su “casta”, y él pone en duda su sinceridad. En la España de entonces, un “costado” de sangre judía era suficiente para motejar de converso a cualquiera.

<sup>19</sup> “¿Melancolía renacentista o melancolía judía?”, en *Estudios hispánicos: Homenaje a Archer M. Huntington*, Wellesley, Mass., 1952, pp. 39-50.

si dexa tu pensamiento  
 lo que para sienpre dura  
 por lo que dura vn momento?  
 Qu'este mundo todo es viento,  
 pues de pobres ni de ricos,  
 ni de grandes ni de chicos  
 ninguno biue contento (III, 37-48).

La única solución posible para la miserable condición humana es "entrar en religión / y acabar [la] vida allí". Pagano, como de costumbre, no se deja engañar por esta piadosa retórica, y atribuye el deseo de "dexar el mundo" a la necesidad de huir de alguna situación degradante muy concreta:

Di, cuitado, pan perdido,  
 ¿con quién hablas? ¿dó te alexas?  
 ¿qué dizes? ¿de quién te quexas  
 con palabras de aborrido?  
 O tú pierdes el sentido  
 o huyes de la Hermandad,  
 o tú vas enpercutido  
 de secreta enfermedad,  
 o lleuas necesidad  
 d'aquello que as menester,  
 o hallaste a tu muger  
 en casa de algún abad (III, 73-84).

Pagano puede comprender a Jacinto, que ha perdido su empleo, y a Precioso, traicionado por sus amigos; pero este Phenicio que reniega por igual "de todo el mundo" (Introito, v. 107) le parece o un hipócrita o un loco.

En el diálogo que viene a continuación, Phenicio comienza por negarse, altivamente, a comunicar sus cuitas:

Ya mis días han passado;  
 ya, hermano, passó solía,  
 que burlaua por la vía  
 con los hombres del ganado (III, 85-88).

Acosado a preguntas, Phenicio contesta de manera cada vez más cortante y, como Precioso en la jornada anterior, insulta a su interlocutor llamándolo "villano" y "jente salvaje". Por su parte, con un sarcasmo tan obvio como el de algún labriego de Lope, Pagano llama "hidalgo" a Phenicio y, tras un nuevo insulto que recibe de él, acaba por perder los estribos:

¡Hideputa fanfarrón!  
 ¿Tú piensas que no te entiendo?

¡Dom' a Dios que vas huyendo  
de la Santa Enquesición!  
Pues juro a la condición  
d'aquí no passes agora,  
sino que as de ir en presión  
delante de mi señora (III, 145-152).

Phenicio no contesta con palabras a esta andanada. Es Pagano quien, fingiendo cómicamente un gran susto, nos describe su reacción: "¡Que braeca como un toro / y es de aquellos de la Toral!" De no ser por la intervención de Jacinto y Precioso, la comedia degeneraría aquí en una farsa. Por si alguien dudara de lo bien fundado de la acusación, esta actitud de Phenicio, lo mismo que la falta de todo mentís, aunque sólo sea formal, lo identifica claramente como un converso.

Phenicio, sin embargo, es algo más que un hipócrita errante y un hombre de temperamento terriblemente colérico. Es él quien, desde su radical soledad, propone un pacto de amistad y fraternidad a sus nuevos conocidos:

Yo, señores, he pensado,  
si os parece cosa tal,  
que pues Dios nos ha juntado,  
nos juntemos por igual;  
dexando todo lo ál,  
nos demos la fe y las manos  
de sernos buenos hermanos  
para bien y para mal (IV, 185-192).

Y en su boca es donde pone Torres Naharro una de las más conmovedoras expresiones de la situación del converso que se puedan encontrar en la poesía castellana:

Yo, señora, con pesar  
voy del mundo muy quexoso,  
porque vn poco de reposo  
nunca en él pude hallar,  
y no hago sino andar,  
mas no me aprouecha nada;  
que quando pienso acortar  
se me dobla la jornada,  
como el aue desdichada  
que en el lazo sta segura,  
que si soltarse procura  
se halla muy más ligada (V, 265-276).

La pesadillesca sensación de moverse sin poder avanzar, de debatirse sin poder liberarse, nos permite vislumbrar, como en un relámpago,

la profundidad vivencial que yace bajo la trivialidad pastoril de la superficie poética. Es precisamente esa sensación de verse condenado a un movimiento sin sentido la que hace que Phenicio le pregunte a Pagano, cuando éste se jacta de sus poderes mágicos:

Pagano, si vos mandáis,  
de las cosas de vuestra arte  
la d'ir presto en cualquier parte  
queremos que nos digáis (V, 165-168)<sup>20</sup>.

Gillet, en una de sus notas (t. 3, pp. 628-629), recuerda a este propósito el caso de un converso de la época de Rojas, el excéntrico doctor Eugenio Torralba, que pretendía haber sido transportado de un sitio a otro por un espíritu familiar (lo cual le mereció un proceso en la Inquisición<sup>21</sup> y un lugar en el folklore español<sup>22</sup>). El vuelo, grotesco como en este caso, o espiritual como en el caso de fray Luis de León, era el sueño de todo cristiano nuevo.

Antes de intentar una interpretación de los retratos de conversos que hace Torres Naharro y del significado que tienen en la obra, consideremos brevemente al cuarto personaje, Pagano, esa especie de Panurgo que dirige la palabra a los viandantes y los persuade o los fuerza a visitar a Divina. Pagano, sin duda, es un "villano" y un "pastor" que emplea el lenguaje propio de la condición social y del tipo teatral a que pertenece. Sin embargo, hay algo ambiguo en su comportamiento y en sus expresiones, algo que sus interlocutores no dejan de advertir. En la primera jornada, por ejemplo, Jacinto se muestra sorprendido no tanto de lo que Pagano dice sobre Divina, cuanto de la forma en que lo dice:

No estoy yo marauillado  
de famas que ay de mugeres,  
sino que, para quien eres,  
me pareces muy letrado (I, 213-216)<sup>23</sup>.

Pagano se siente obligado a dar una explicación: "primero hu bachiller / que pastor de las montañas" (I, 218-219). Pero en la quinta jornada advertimos que su sabiduría es de índole muy especial, y que no se refiere a los cursos de una universidad, sino a un campo que

<sup>20</sup> Phenicio está dispuesto a poner en práctica inmediatamente la receta mágica. Cf. los versos 181-184 de la misma jornada.

<sup>21</sup> Cf. JUAN ANTONIO LLORENTE, *Historia crítica de la Inquisición de España*, Barcelona, 1870, t. 1, pp. 311-314.

<sup>22</sup> Gillet nos recuerda (t. 3, pp. 628-629) que Torralba seguía vivo en el folklore en la época de Cervantes.

<sup>23</sup> También en I, 267-268 y en V, 105-112 se puede ver cómo los viajeros se dan cuenta de que Pagano no es tan "villano" como parece.

es más bien el de Celestina o el de la famosa academia de ciencias ocultas que los moros crearon en Toledo:

Item más, sé conocer  
 las yeruas más señaladas;  
 sé cosas muy aprobadas  
 para hazer bien querer,  
 y también, si es menester,  
 sé tornar del agua vino,  
 y aun hazeros trasponer  
 en vn ora vn gran camino. . . (V, 145-152).

Este último alarde es el que excita la esperanza del pobre Phenicio —esperanza que no tarda en esfumarse, pues Pagano traiciona su propia fanfarronería haciendo una última afirmación, entre siniestra y burlona:

Pues a más y más me atreuo:  
 con mis gritos papillenos  
 hazeros ver mundo nueuo  
 y andaros los ojos llenos,  
 y en poco rato, a lo menos,  
 con vna yerua que sé,  
 si quijerdes, os haré  
 que tiréys dozientos truenos (V, 185-192)<sup>24</sup>.

Aquí interviene Divina, y reprende tan eficazmente a Pagano, que éste se porta como un cordero durante el resto de la jornada.

¿Cómo interpretar a este ambiguo personaje? Torres Naharro nos da una pista al final de la comedia, cuando Jacinto anuncia el villancico final y Pagano aprueba su elección con estas palabras: “¡A ello,

<sup>24</sup> En una larga nota (t. 3, pp. 635-637), Gillet explica *mundonuevo* (en una sola palabra) como ‘cajón que contiene un cosmorama portátil o una colección de figuras de movimiento, y se lleva por las calles para diversión de la gente’ (según la definición del *DRAE*). En cuanto a “andáros los ojos llenos”, sería “a garbled reminiscence of the recipe in the *Flores romanas* (fol. A iij r°): *Para restreñir las lágrimas aun que los ojos no puedan estar sin llorar*” (*ibid.*, p. 637). En mi opinión, nada de esto viene al caso. Lo que Pagano dice es que, si proclamara a voces (con “gritos papillenos”) la verdad sobre la ascendencia de Phenicio, esto sería mandarlo a la hoguera —despacharlo, como él dice, a un “mundo nuevo”. Y la expresión “los ojos llenos” ¿no aludiría a los efectos del humo? Esto explicaría también el hecho de que tal experimento dure “poco rato”. En cuanto al último verso, Gillet parece interpretar *truenos* como ‘estornudos’; pero, en vista de la reacción de Divina, yo diría que se trata de un ruido más grosero.— Todo este siniestro y burlesco alarde de poseer poderes mágicos nos recuerda irresistiblemente la sátira de Quevedo contra el libro de Alberto Magno y demás colecciones de “secretos” (*Libro de todas las cosas y otras muchas más*, cuyo primer “tratado” se intitula “Secretos espantosos y formidables, experimentados, tan ciertos y tan evidentes que no pueden faltar jamás”, en sus *Obras satíricas y festivas*, ed. *Clás. cast.*, 1937, pp. 130 ss.).

juro a Mahoma!" Gillet, muy atinadamente, observa que el nombre de Pagano no significa aquí sino "rústico", y cita a Covarrubias: "pagano, a semejança del aldeano, que está como desterrado en su alquería; se llamaron Paganos los que no tenían el derecho de la Ciudad". Esto es muy cierto. Sin embargo, ¿no podríamos suponer que Torres Naharro quiso dar una doble connotación al nombre de un villano tan poco ortodoxo y de raíces tan complejas? El hecho de que jure por Mahoma indicaría, al menos, que hay algo de morisco en su genealogía. Si Phenicio y Precioso son conversos de ciudad, Pagano bien podría ser un converso rural, de ascendencia mahometana<sup>25</sup>. No está de más recordar que los marranos solían criticar el supuesto "cristianismo viejo" de sus enemigos rurales aludiendo justamente a esa falta de "limpieza de sangre". O incluso podemos ir más lejos, y suponer que Pagano es un moro o un morisco sin más, y no un converso. Sus alardes de conocimiento del mundo sobrenatural, por absurdos que parezcan, encajan muy bien con esta suposición<sup>26</sup>. Tenemos, así, que nuestros dos israelitas convertidos y nuestro fugitivo de "Alemaña", probablemente cristiano (cf. *supra*, nota 6), han sido reunidos en un grupo por un hijo de Ismael.

Esta interpretación del "voto de Mahoma" de Pagano no explica todas las peculiaridades del personaje. Quizá sea mejor considerarlo como una simple figura teatral, a la vez agresiva y cómica. Es él el encargado de reunir a los tres mediatibundos e introvertidos caminantes, estimular su diálogo y ayudarles a proyectar teatralmente, ante un público expectante, sus cuitas líricas personales. Un papel de esta índole exige precisamente la combinación de perspicacia, atrevimiento, agudeza, cinismo y humor desenfadado que tiene Pagano<sup>27</sup>. Sin embargo, el ver en él a un morisco nos ayuda a comprender la estructura total, lo que Casaldueiro llamaría "forma y sentido" de la *Comedia Jacinta*. Divina puede o no ser Isabella d'Este, pero cier-

<sup>25</sup> FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA, en *RABM*, 63 (1957), 503-540, nos ofrece un relato muy circunstanciado de las rivalidades entre conversos urbanos y conversos rurales. Cf. también AMÉRICO CASTRO, *La realidad histórica*, ed. cit., p. 289: "La causa de las libertades municipales se confunde con el interés de los conversos de mantener dentro de ellas su poder, a menudo abusivo y anarquizante". A. C. FLORIANO CUMBREÑO, en *BAH*, 86 (1925), p. 568, hace un impresionante relato del pánico que provocaron entre los vecinos de Teruel los campesinos de los alrededores. Cf. también DOMÍNGUEZ ORTIZ, *op. cit.*, p. 144.

<sup>26</sup> No hay para qué insistir en esto. Los moros se habían señalado por su conocimiento de las artes ocultas, y Toledo tenía fama en toda Europa como centro de magia.

<sup>27</sup> En este sentido, Pagano es un precursor del gracioso, ese personaje magistral que poco a poco se convertirá en la figura dominante de la comedia española. Polilla, el gracioso de *El desdén con el desdén* de Moreto, es un ejemplo típico. Gillet relaciona a Pagano y a sus congéneres con el *servus currens* de la comedia romana. Pero ni la tradición antigua ni la futura bastan para explicar cabalmente los rasgos peculiares que antes hemos señalado.

tamente es —en otro nivel de significación— Roma misma, acogiendo en sus brazos abiertos a todos los refugiados que huyen del fanatismo periférico. Conversos de toda especie encuentran protección, o al menos la tolerancia y el anonimato reconfortante que necesitan, en ese abrazo verdaderamente “católico”. A un público compuesto de esos refugiados, y a sus amigos y protectores italianos que hablan o entienden el español, Torres Naharro parece decirles que sólo en Roma puede reencarnarse, en esos momentos, la secular tradición hispánica de coexistencia pacífica de las tres “religiones del libro”. Si los recién llegados se conforman a los usos externos y observan una conducta pacífica<sup>28</sup>, Roma les dará un lugar seguro y hasta confortable. Jacinto, el cristiano viejo abandonado por su amo; Precioso, el converso más o menos sincero, atormentado por amigos y vecinos; Phenicio, el marrano errante, y Pagano, el morisco, encuentran de ese modo que todos los caminos los han conducido al mismo lugar de reposo:

Partamos quanto yo tengo,  
que mejor día no vi;  
no passéis ora d'aquí,  
pues que Dios me ha prouehído  
para vosotros y a mí  
más que yo le he merescido (V, 279-284).

Sólo en Roma, en efecto, pueden encontrar nuestros peregrinos el sentido ecuménico y social que les hace prorrumper en estas palabras:

que pues Dios nos ha juntado,  
nos juntemos por igual;  
dexando todo lo ál,  
nos demos la fe y las manos  
de sernos buenos hermanos  
para bien y para mal (IV, 187-192).

Si reconsideramos la *Comedia Jacinta* a través de este esquema hipotético, veremos que tiene la virtud de reunir en un haz significativo dos de las grandes preocupaciones de los siglos xv y xvi: la defensa de la mujer y la sátira de Roma. Phenicio lo dice claramente:

Dos cosas no pueden ser  
de plazeres y dolores  
ni peores ni mejores,  
que son Roma y la muger (V, 81-84).

Roma podrá estar corrompida, entregada a prácticas “paganas” y lascivas —blanco ideal para la sátira despiadada de quienes desean su

<sup>28</sup> Ya hemos notado los indicios de coerción (y hasta de *presión*, o sea ‘presión’) que va aneja a las cordiales invitaciones de Pagano. Roma abría sus puertas a todos, pero exigía un mínimo de hipocresía y de conformismo.

reforma. Pero es también divina, tan divina como una mujer puede serlo, aunque merezca al mismo tiempo todo cuanto los Torrellas, Arciprestes de Talavera y Sempronios de este mundo tienen que decir acerca de ella. Las dos, "Roma y la muger", son seres paradójicos, a la vez divinos e infernales, y tanto más encantadores cuanto que esos contrarios no se anulan mutuamente. Así, Torres Naharro dejó que los dos trillados tópicos —el debate feminista y la sátira antirromana—, fundidos intuitivamente en su espíritu, fueran la semilla de la comedia. Y al hacerlo así, se encontró con que cada uno de los dos elementos daba nuevo vigor y nueva vida poética al otro. Su experiencia del cristianismo intolerante y fanático de su patria le hizo ver en Roma —en la corrompida Roma— unas inesperadas virtudes de tolerancia, de compasión y de consuelo para los sentidos. Podemos imaginarnos la sonrisa un tanto ambigua, la complacencia un tanto equívoca con que los miembros del selecto auditorio romano de la *Comedia Jacinta* escucharían esta transformación y salvación poética de sus vidas pecaminosas.

El final de la pieza pone en primer plano la alegoría que estaba implícita en las partes anteriores. En la cuarta jornada, cuando todos los personajes han defendido largamente a la mujer contra sus destructores, Pagano, actuando como un cumplido alcahuete, anuncia la llegada de su señora:

¡Ho d'allá! Steis en buen ora.  
 Nuestrama viene a hablaros  
 con ganas de motejaros,  
 porqu'es muy gran dezidora.  
 Sabelde habrar agora,  
 pues presumís de señores,  
 a tan honrrada señora  
 que viene como las flores.  
 Hazeros ha mil fauores  
 ora que viene de gana,  
 chapada, linda, loçana,  
 para mataros de amores (IV, 205-216).

Dicho de otro modo: Roma es un lugar en que abundan los chismes, pero también las agudezas, y exigirá de cuantos vayan a ella toda su "discreción" y todo su "ingenio" verbales. Y si los que van a ella son capaces —como lo era, evidentemente, el propio Torres Naharro— de satisfacer esa exigencia, su buena fortuna está garantizada<sup>29</sup>. Divina hace entonces su entrada lírica celebrando la hermosura de su dominio bucólico ("¡Qué buena vista de prados, / qué yeruas tan

<sup>29</sup> Pagano continúa: "Pues si sabéis reboluer / vuestro fuego con su estopa, / dom' a Dios qu'es buena ropa / y amiga de tal prazer" (IV, 217-220). En estos versos (y en el v. 228) ve Gillet una connotación sexual.

excellentes, / qué hermosura de fuentes. . .!)”, efusión lírica que el espectador alerta podía interpretar fácilmente como una alabanza de la ciudad y de sus encantos. El mismo Jacinto, aunque receloso del nuevo amo romano en cuya busca andaba en la primera jornada, había llamado a Roma “la tierra mejor / de lo poblado del mundo” (I, 95-96). Roma es, sencillamente, la capital de la armonía y del placer. Cuando al final pregunta Phenicio qué villancico será bien que canten todos para celebrar la nueva patria que han hallado, Divina da una respuesta que no tiene mucho que ver con la significación espiritual de la Ciudad Eterna: ¡que el villancico que elijan hable “del plazer que aquí se toma”!

El villancico, acompañado probablemente por un baile, dice así:

Una tierra sola, Roma,  
y vn Señor, vn solo Dios,  
y vna dama sola, vos.

Holgaua Dios aquel día  
quando a vos os hizo tal,  
de tan precioso metal  
qu’el mundo no ’s merescía.  
Mayor bien ser no podía  
que tener acá entre nos  
vna dama tal qual vos.

Hízoos Dios tan gran señora  
y en las damas tan sin par,  
que no deuría culpar  
a quien por tal os adora;  
y ansí los tienpos de agora  
no se hallan tales dos:  
ni otra Roma, ni otra vos.

No sólo identifica el autor una vez más a Roma con Divina, sino que también podemos observar cómo, en la segunda estrofa, reelabora el tópico (predilecto del siglo xv) de la adoración de la amada como ser divino. Dios ha hecho tan perfecta a Roma, que no nos puede culpar si, en lugar de adorarlo a Él, la adoramos a ella. Al “Melibeo soy” de Calisto, Torres Naharro parece contestar con un “Romo soy”; y su auditorio —un auditorio que desde hace ya mucho tiempo está convertido en polvo— le responde sentimental y existencialmente: “Romos somos”.

Se podría objetar que Precioso viene de Roma, y que Divina se muestra muy deseosa de conocer las últimas noticias de la ciudad. Esta objeción, tan obvia, no me parece muy grave<sup>30</sup>. La yuxtaposi-

<sup>30</sup> Los siguientes versos parecen indicar que Precioso, que ha venido de Roma, tiene intenciones de volver allá para probar fortuna otra vez: “quiero mandar esta vida / tras el tienpo que perdí: / de modo que soy ansí / como

ción de un plano de actualidad histórica y de un plano de figuración poética convencional, lejos de aniquilar la tesis que yo defiendo, la robustece. Es precisamente el relato que hace Precioso sobre la afluencia de conversos en la metrópoli de la cristiandad lo que nos lleva a comprender el significado de los retratos de conversos que son la sustancia artística de la comedia. En otras palabras, la descripción que hace Precioso de los acontecimientos romanos no es un interludio "realista" y aislado, sino la clave de la significación total de la obra. Más aún: me atrevería a decir que el indicio más sugerente de la condición de converso del propio Torres Naharro<sup>31</sup> (asunto que no necesitaba constituir una abrumadora preocupación para un poeta que, en todo caso, se hallaba tan inmerso en el ambiente de los conversos) es precisamente esa capacidad suya de colocarse por encima de su problema social y de su reacción personal a ese problema, para proyectarlos luego, irónicamente, el uno contra el otro. De ese modo, la agridulce fusión poética de "dolor" y "donaire" que es la *Comedia Jacinta* se puede comparar con la ambigüedad de tono y sentimiento que, en un nivel más profundo, se expresa en la *Tragicomedia de Calisto y Melíbea*, obra también de un converso que supo sobrepone, desde una distancia irónica, el plano de la convención literaria y el de la realidad vivida<sup>32</sup>.

STEPHEN GILMAN

Harvard University.

aquel de quien se note / que, perdido el un virote, / manda el otro por allí" (V, 259-264).

<sup>31</sup> Dice AMÉRICO CASTRO, *La realidad histórica*, ed. cit., p. 185: "No se sabe nada acerca de los orígenes familiares de Torres Naharro, ni de los motivos que lo mantuvieron alejado de España. Su estilo mordaz, sus censuras de la vida eclesiástica en Roma, el modo «intelectual» de enfocar ciertas cuestiones, junto con otras circunstancias, parecen indicar que Torres Naharro fuese uno de tantos conversos del judaísmo que hallaron refugio en Italia".

<sup>32</sup> Los poemas, epístolas y fragmentos dramáticos del médico Francisco de Villalobos, contemporáneo salmantino de Rojas (publicados en la *BAE* y por la Sociedad de Bibliófilos) nos podrían brindar otro término de comparación. Villalobos fue notablemente incapaz de llegar a una síntesis artística de su "dolor" con el "donaire", y precisamente por eso son fáciles de percibir con claridad los dos elementos. Parecidos esquemas de yuxtaposición se pueden hallar en los escritos de Antón de Montoro (el Roper) y en los de Álvarez Gato. A. CASTRO, *De la edad conflictiva*, op. cit., pp. 188-189, señala un pasaje análogo en el *Guzmán de Alfarache*.